

Aventuras de un Veterano.



do asomar por entre el techo en pecho blanco y fuertes, ligeramente cubierto con una camisa blanca de bordados de seda negra y chadonita. En sus manos Decía, prendía una cerilla y el que le dio esas habas manchadas podría probar algo con que alimentarse en camino. Yo un hombre que he corrido hoy veinte leguas y hace doce horas más que no

I.

Era una noche del mes de Diciembre de 18. . . . el viento azotaba las ramas secas de los árboles del monte, y el brillo de las estrellas y la transparencia de la atmósfera, anunciaban que estaba próxima á caer una de esas heladas frecuentes en México, en la estación del invierno.

Un jinete montado en un caballo negro como el azabache, con su ancho sombrero jarano calado hasta las cejas, y envuelto en una manga, se paró en la puerta de una fonda de un pueblito del Departamento de Morelia, cuyo nombre poco importa saber, y con voz entre regañona y meliflua, gritó:

—¡Hola, patrona! ¿Habrá algo que darle de cenar á un viajero hambriento y fatigado?

A esta interpelación salió á la puerta una muchachona, rolliza y fresca, vestida con unas enaguas de castor encarnado, y dejando asomar por entre el rebozo un pecho blanco y turgente, ligeramente cubierto con una camisa finísima llena de bordados de seda negra y chaquira.

—Decía, prenda mía, continuó el ginete, que esas lindas manecitas podrían preparar algo con que alimentar su estómago un hombre que ha corrido hoy veinte leguas, y hace doce horas netas que no prueba un bocado.

— Toda la comida se ha acabado, caballero, respondió la moza con voz expresiva; sin embargo, ha quedado por ahí un cuarto de pollo, y se buscarán unos huevos y unas tortillas...

—Con setenta de á caballo, que es una famosa cena...

—Apeese vd. y pase á sentarse entretanto...

—Y apropósito, no olvide vd. hacer una salsa picante como ese talle, patrona.

—¿Desea vd. cenar muy pronto?

—Tan breve como se pueda, contestó el viajero desembozándose la manga y apeándose del caballo que estaba sudoroso y jadeante.

—Pues voy al instante...

—Escúche, patrona. ¿Y no habrá un poco de grano y de castrojo para obsequiar á Satanás?

A este nombre la fonderita hizo una mueca, que quería significar su sorpresa, y como nuestro desconocido lo advirtió, procuró tranquilizarla.

—No se asuste la perla, le dijo, Satanás no es el diablo, sino mi caballo. Como es prieto como el carbón, y además salta barrancos con ligereza, y corre tan veloz como un águila vuela, y es tan demonio, y tan... por eso le he puesto ese nombre; pero ¿tendremos un par de cuartillos de maíz siquiera?

—Está muy caro, contestó la muchacha.

—¡Buenos estamos! ¿Pregunto acaso el precio? La bolsa está bien provista, y á la disposición de vd., patrona.

Al decir esto, sonó con el dedo los pesos que contenía el bolsillo de su chaleco, é hizo en seguida un cariño en la mejilla de la mozuela.

—¡Atrevido! exclamó ésta dando una rápida y armoniosa vuelta, que dejó ver al viajero un pequeñito pie, calzado con un zapato de raso blanco.

—¡Cáscaras! murmuró el viajero mirando alejarse á la muchacha: es una perla esta fondera. ¿Pero qué?... Soy un viejo avechucho, cubierto de cicatrices, que infundo espanto y no amor á las mujeres. Véamos qué tal ha sudado Satanás...

—El maíz está aquí, dijo la fondera volviendo seguida de un muchacho que con-

ducía un costal con el grano; pero no hay pesebre ni caballeriza.

—Dime, pedazo de alcornoque, le dijo el viajero al muchacho, ¿dónde daremos agua á mi caballo?

—Aquí cerca...

—Pues deja el maíz y ven conmigo...

Patrona: aquí queda mi silla y mis armas, continuó el viajero introduciendo en el cuarto los atavíos que había quitado al caballo; vuelvo pronto, y que no se olvide la salsa picante y las quesadillas...

La fondera se puso al braseró, y el ginete tirando su caballo se encaminó á darle agua, seguido del muchacho.

A poco rato volvieron: el viajero puso en la boca del caballo un morral con maíz, y tranquilizado ya con las dentelladas que Satanás daba á la cena, se quitó las espuelas, descifó de su cintura un ancho machete, y se introdujo en la fonda.

Era la fonda una pieza baja, en forma de cuadrilongo: á los costados estaban unas mesas toscas de madera con sus bancas de lo mismo; en el fondo se veía en la pared lo que se llama un "tinagero," es decir, multitud de pequeñas ollas, vasos y jarrros, colgados en unos clavitos, y en formas simétricas y variadas; y en el otro extremo frente á la puerta, estaba un limpio y reluciente braseró de piedra, enjarrado con una argamasa roja.

Luego que el viajero entró y recorrió con una ojeada el conjunto que se acaba de describir, dijo sonriendo:

—Adivino, patroncita, que nació vd. en San Miguel el Grande.

—¿Por qué lo dice vd.?

—Este tinagero tan curioso; estos manteles tan limpios, y luego ese zagalejo encarnado, y esa camisa bordada, y... pero nada de muecas, patrona; soy un hombre que tengo un buen corazón y las efes, es decir: feo, fuerte y formal.

Con efecto, el personaje era como de cuarenta y cinco años, alto, de robustos miembros, tez morena, ojos negros y chispeantes, y un largo bigote retorcido que le llegaba hasta las orejas, mientras una cicatriz surcaba su cara desde el ojo izquierdo hasta la barba.

La fonderita, que vió á nuestro extraño personaje, á la cercana luz de una bujía colocada en la mesa, no pudo menos de hacer un gesto y sonreír con desdén, por lo cual el huésped se apresuró á referirle el vulgarísimo refrán de las tres efes, acompañando á este elocuente sermón, el retintín de los pesos y onzas que tenía en los bolsillos, lo cual, según él pensaba para sus adentros, debería influir mucho, en que la cena estuviese buena, y aun se le proporcionase un lecho en que pasar la noche.

—Vamos, señor capitán, porque vd. debe ser por lo menos capitán, dijo la muchacha presentándole un plato; aquí tiene vd. un pollo muy bien frito, que me había reservado yo para cenar.

—Gracias, vida mía, por tanta generosidad, y á fe de Pedro Celestino, que no dejaré de recompensarte: toma á buena cuenta!

Diciendo esto, arrojó un par de duros relumbrantes.

—Con que ¿vd. se llama D. Pedro Celestino? contestó la muchacha tomando los dos pesos y echándoselos en el seno.

—Para servirte, hija mía.

—¿Y no es vd. capitán? porque en estos tiempos que corren, no hay un sólo hombre que no sea militar, bien sea independiente ó realista.

—Mira, tal cual este bigote, esta cicatriz y ese lindo machete, te dirán que soy soldado; pero en estos tiempos que corren, es menester desconfiar hasta de las buenas mozas como tú. Dime, ¿quieres tú al rey?

—¡Bah! interrumpió la joven con ingenuidad; ¿cómo puedo quererlo si sólo he visto un retrato? y es un viejo narigudo, más feo que...

—Más feo que yo, ¿no es verdad? Pero lo que quería decirte es, que si eras realista ó insurgente.

—No soy por ahora más que fondera, que doy de comer indistintamente á todo el que paga; pero á decir á vd. verdad, como Pascual dizque anda con el Sr. Morelos.

—Y ese Pascual ¿será tu querido?

—Cabalito, señor capitán, y lo espero con ansia para que se case conmigo, pues mi madre, que está muy enferma y vieja, puede morir de un día á otro, y entonces...

—Entonces te quedarás sola, y vendrás conmigo, paloma. ¿Cómo te llamas?

—María de los Dolores, contestó la muchacha haciendo una mueca y dirigiéndose al brasero donde se estaban friendo en una sartén unos huevos.

—Veo que no te agrada que haga yo el papel de enamorado; pues bien, hablemos de otra cosa. Trae ese platillo, y mándame buscar con tu muchacho un cuartillo de aguardiente refino, para empujar un poco tu maldito pollo duro.

La muchacha envió al criado con una botella por el aguardiente.

—Dígame, querida, que si has cenado este pollo, te habría sido muy mal; en cuanto á mí, carnes más duras está acostumbrado á digerir mi estómago; pero volviendo á lo que decíamos, parece que tú eres una completa insurgente, y puedo, por tanto, satisfacer tu curiosidad, diciéndote que en efecto soy capitán insurgente, y mal que bien, mando una partida de valientes, que no de-

jan de dar que hacer á las tropas del rey.

—Aquí está el aguardiente, señor capitán.

—A tu salud, salero, dijo el veterano echando el aguardiente en un vaso y sorbiéndose la mitad.

—Mil gracias, señor capitán.

—Puff, puff, no es malo el aguardiente; pero mejor lo bebíamos en el sitio de Puararán, dijo el veterano limpiando con los labios su bigote.

—Uf, uf, dijo la muchacha haciendo un gesto.

—Soldado viejo, hija mía, y como tal no hago mayores gestos con el aguardiente; pero apropósito y como parece que esta tortilla con sal es lo único que podré meter debajo de las narices, quería preguntarte si no podías proporcionarme una cosa como cama en qué dormir.

—Vd. es soldado viejo, y como tal, estará acostumbrado á dormir en el suelo, dijo la fonderita con sonrisa sardónica.

—Veo que no comprendes lo que quiere decir un soldado viejo. Cuando tenemos el campo por cama y el cielo por pabellón, nos acostamos riendo, y nos dormimos tranquilos; pero cuando encontramos una linda patrona como tú, y ésta nos proporciona un colchón, una almohada y un par de sábanas limpias, también nos acostamos riendo y nos dormimos tranquilos. Con que ¿qué

me dices, me darás alojamiento por esta noche?

—Es imposible; le prestaré á vd., señor capitán, sábanas y colchón; pero será menester que busque vd. otra casa.....

—Esquiva estás, con mil diablos, interrumpió el veterano dando una palmada en la mesa, y luego después de un rato de pausa, continuó:

—¿Hay caballeriza en esta casa?

—Ya dije á vd. que no.

—Entonces decididamente no te molesto, pues donde duermo yo, allí ha de dormir mi caballo, y si no quieres darme un rincón en tu casa, mucho menos querrás partir tu lecho con mi pobre Satanás. Me voy.... toma este otro par de duros, y Dios te ponga más buena moza y te traiga á tu Pascual. ¡Ay, qué lástima es ser viejo y feo! murmuró el capitán entre dientes y tomando los arneses de su caballo para ensillarlos....

—¡Qué generoso es este soldado! murmuró también la fondera, y luego en voz alta dijo:

—Señor capitán, me dá lástima el que vd. vaya á pasar la noche en la calle.

—¡Cómo ha de ser! soy soldado viejo, contestó el militar apretando las cinchas á su corcel.

—En las orillas del pueblo hay una casa vacía; pero espantan.

—¡Espantan! interrumpió el veterano.

—Sí señor: noche con noche se oye un ruido de cadenas terrible, y después dizque se aparece un muerto con hábito de fraile franciscano....

—Me gustaría ver eso, dijo el militar entrando y sentándose otra vez en la mesa.

—Y después el muerto muerde, y....

—¿No es más que eso?

—Y luego del susto se mueren las gentes que tienen el arrojo de hablar á esas almas de la otra vida.

—¿No es más que eso?

—¡Caramba! ¿Y le parece á vd. poco?

—Ya se ve que sí.

—¿Y está vd. decidido á ir á esa casa?

—Seguramente que iré. ¡Cáscaras! La cosa no es de desperdiciar, pues dicen que cuando los muertos hablan, es porque tienen dinero enterrado.... Con que haz que me indiquen la casa, y si algo logro, te prometo darte la mitad para que seas feliz con tu Pascual.

—Señor capitán, se va vd. á exponer.

—Deja esos temores, chica. Bastante he tenido que hacer con los vivos, para que ahora tenga yo miedo á los muertos. Otra vez á tu salud y á la del muerto vestido de franciscano.

El capitán se sorbió el otro medio vaso de aguardiente.

—Dios lleve á vd. con bien.

—El te guarde tan linda y tan salerosa,

contestó el capitán; pero dame esa botella por si esas almas en pena desearan remojar sus gaznates.

La muchacha se santiguó.

El capitán, que entretanto había acabado de ensillar su caballo, montó en él y siguió al muchacho que debía guiarlo á la casa donde espantaban.

## II.

Dando el toque de ánimas llegó el veterano á una casa situada á extramuros del pueblo, casa cuyas ruinas fantásticas parecían al trémulc fulgor de las estrellas, ya un castillejo, ya un templo, ya un mesón. Era un molino de trigo espacioso y abandonado hace algún tiempo por sus dueños, que como españoles, andaban prófugos quizá, ó agregados á las filas de los realistas.

El guía se alejó corriendo cuando estuvo á la vista del edificio, y el veterano se adelantó impávido, hasta una gran puerta que cediendo á un leve impulso de la mano, dió paso al ginete á un patio espacioso, circundado de una portalería en partes arruinada y en partes próxima á desplomarse, pues las columnas se veían torcidas, y sus capiteles y cornisas desportilladas: multitud de bodegas abiertas y oscuras circundaban este recinto, y en un ángulo de él había un

estrecho callejón que conducía á otros pasadizos y galerías. Cuando el veterano se encontró completamente solo en medio de estas ruinas, y que las pisadas de su caballo hacían eco en aquellas bóvedas oscuras, en aquellas negruzcas paredes, no pudo menos de sentir que un calofrío recorrería rápidamente todo su cuerpo; pero desechando este miedo pueril, recobró su buen humor y sangre fría, y gritó con todas sus fuerzas:

—Ea, ea, ¿no hay un diablo en este molino que pueda indicar á un soldado dónde puede pasar la noche con comodidad?

Nadie contestó, y sólo el eco de la voz ronca del capitán se fué apagando gradualmente.

—Veo, continuó Pedro Celestino, que es menester que yo mismo busque mi alojamiento.

Diciendo esto se apeó del caballo, lo ató á una columna; sacó sus trastos de lumbre y encendió una de las velas que la patrona había cuidado de proporcionarle. Armado así con su luz en la mano izquierda, y una pistola preparada en la derecha, comenzó á visitar los cuartos y bodegas. Todos estaban cubiertos de polvo y de telarañas, y los murciélagos asustados con la luz formaban círculos eternos y fantásticos al alrededor del veterano.

—Malditos vejestorios, exclamaba el sol-

dato espantando á los murciélagos; buena la haremos si les dá gana de apagarme la luz!

Visitó, por fin, multitud de cuartos y bodegas, y todas arruinadas y sucias, no le ofrecieron comodidad para instalarse; entonces, colocando la bujía en un rincón abrigado del aire, se dirigió por el pasadizo, resuelto á explorar todo el edificio. Inter-nóse en efecto en una galería húmeda, y de allí salió á otro patio tan espacioso como el primero y lleno de montones de tierra y estiércol, donde pudo notar algunas calaveras y canillas de muerto.

—He aquí, dijo suspirando, las calaveras de muchos imbéciles que se han dejado acobardar por los muertos, y no han tenido valor para soplarles una bala en la mitad del casco; pero lo que importa es hallar un sitio apropósito en que descansar; de frente... avancen...

Siempre con la barba sobre el hombro, como suele decirse, se introdujo el capitán á varias piezas, las registró con minuciosidad, y se retiraba ya desconsolado, pensando que le sería necesario dormir á los pies de su caballo, cuando oyó una voz lánguida y prolongada, que decía:

—A la izquierda, en la tercera puerta.

—¡Hola! veremos lo que hay á la izquierda en la tercera puerta, dijo el veterano dirigiéndose con calma hacia ella. En-

tró en efecto, y vió una pieza aseada, con un cómodo lecho en un rincón; un par de sillas y una tosca mesa de cedro con un sillón, en el que estaba sentado gravemente un esqueleto.

—Gracias, chico, por el aviso, dijo el capitán entrando: hace media hora que estoy visitando estos malditos cuartos, que parecen más bien bartolinas de la inquisición, y había perdido la esperanza de encontrar una cama.

El esqueleto inclinó la cabeza hacia adelante.

Turbado quedó por un momento el veterano; mas acercándose impávido y sacudiendo por un brazo al esqueleto, observó que una rata enorme saltó del cráneo hueco.

—¡Ah! ¡ya veo que soy un chiquillo de la escuela! ¡Bah, así serán todos los prodigios de este molino encantado!

Examinó la cama: las sábanas estaban limpias y eran de lienzo fino, y además había dos colchas nuevas de San Miguel, y una sobrecama china de damasco.

—Por vida mía, que este lecho es digno de un rey, y pasaré en él una excelente noche. Descifóse el machete y colocólo en un rincón, y poniendo la vela en la mesa frente del esqueleto y las pistolas debajo de la almohada, se echó en la cama; mas casi al momento le ocurrió una idea.

—Miserable de mí, que he dejado á mi

caballo solo; voy por él, dormiré frente á mi cama.

Fué, pues, al primer patio y encontró á su corcel que impaciente trataba de comer un manojito de maíz seco que había á poca distancia.

—Vamos, mi querido Satanás, parece que estos fantasmas no te han olvidado: esto diciendo, desató su caballo, tomó el tercio de rastrojo, y se dirigió á la recámara referida, donde alojó también al corcel.

Instalado así, se echó en el lecho y comenzó á reflexionar sobre la extraña situación de este edificio, deseando que cuanto antes se ofreciera la ocasión de descubrir estos misterios y apariciones, que tenían llenos de pavor á los habitantes del pueblo. Pensando en estas y otras cosas análogas, cerró los ojos y comenzó á dormir.

Entre sueños creyó escuchar un ruido prolongado de cadenas, alternado con dolientes y lastimeros quejidos: abrió y estregóse los ojos, y frente á su lecho miró abierta una puerta que no había observado al entrar, y que comunicaba con una serie de piezas y galerías.

El ruido de cadenas y los quejidos aumentaban.

El veterano se puso en pie; tomó una de sus pistolas que ocultó por detrás, y santiguándose con gran devoción, se preparó, retorciéndose el bigote y con una sonrisa



que indicaba la serenidad de su alma, á recibir á las misteriosas y nocturnas apariciones.

No se hicieron éstas esperar mucho, pues el veterano observó allá en lo más profundo de las habitaciones, un fantasma con una linterna sorda en la mano, que capitaneaba, por decirlo así, multitud de bultos deformes.

El capitán se santiguó de nuevo.

Los fantasmas se acercaban lentamente.

—¡Hola, camaradas! gritó el capitán con voz firme cuando estuvieron á corta distancia: si os atrevéis á dar un paso más, os enviaré una bala que os haga ir segunda vez al otro mundo.

Los fantasmas se acercaron; entonces el capitán disparó la pistola; pero la ceba se había caído y no dió fuego. Entonces, y antes de que tuviese tiempo de tomar la otra pistola ó la espada, se le echaron encima tres fantasmas y le sujetaron los brazos, mientras otros se apoderaron de las armas.

—Veo, camaradas, dijo el capitán con calma, que tenéis fuerzas sobrenaturales, y me confieso rendido; pero también veis que no tiemblo como un muchacho á la vista de calaveras y esqueletos. Nada me importa el motivo porque estáis aquí, ni pretendo indagar si sois muertos ó vivos. Un desafío con una muchacha buena moza,

y el deseo de tener una aventura ó pasar la noche con comodidad, me han traído aquí; por lo demás, creo que no ultrajaréis cobardemente á un viejo guerrillero que no trata de hacerlos mal.

Los fantasmas soltaron al capitán, y el que tenía la linterna sorda que era un fraile franciscano con una calavera en vez de rostro, contestó con voz sepulcral:

—Hermano: nosotros estamos ya juzgados de Dios, y no queremos hacerte mal, sino darte sólo una lección de que debes respetar estos misterios del Altísimo.

—Hermano, repuso el capitán imitando la voz sepulcral del muerto: lo que yo sé hace mucho tiempo es, que cuando los difuntos andan en pena, es porque en la vida han cometido ciertas travesurillas que les impide entrar al cielo. Con que si tú y tus compañeros tienen por estos rumbos algunos barriles de onzas ó de pesos enterrados, pueden conducirme á donde estén, seguros de que yo pagaré todas las mangas que deban, y mandaré decir misas por el descanso de su alma.

—Somos muertos que tenemos otra misión en la vida, dijo el fraile franciscano.

—Os he dicho, interrumpió el veterano, que poco me importa que seáis muertos ó vivos, y ni quiero indagarlo tampoco; lo que deseo es que con una legión de diablos os marchéis de aquí y me dejéis des-

cansar, pues la noche debe estar muy entrada.

—Nos hemos propuesto acompañarte hasta que suene la última campanada de las doce, contestó el franciscano.

—¿Qué diablos de horas misteriosas tienen vds. los muertos, para aparecerse y desaparecerse; pero sea lo que fuere, es menester que entretanto suenan las doce, estemos alegres, porque el guerrillero Pedro Celestino, no conoce el mal humor. Ea, muchachos, bebed un trago.

El capitán echó aguardiente en el vaso, y lo ofreció á los fantasmas.

Los fantasmas bebieron silenciosamente, y devolvieron el vaso al capitán.

—No os parece muy mal el aguardiente á lo que creo, mis carísimos huéspedes, y si hubiera media docena de botellas ¡voto á bríos! pasaríamos la noche alegremente.

Apenas acababa de decir esto el veterano, cuando bajaron del techo, por medio de unos alambres, las botellas que deseaba.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó el capitán frotándose las manos; son vds. unos guapos muchachos. ¿Y son tan aficionados á la baraja como al licor?

—Juguemos, bebamos, gritaron los fantasmas dando saltos y formando círculos y evoluciones al derredor del capitán.

—¡Ea! gritó éste con voz de trueno: orden, y ponga cada uno su dinero. Esto di-

ciendo, metió mano á su bolsillo, sacó una baraja y un puño de monedas de oro y plata.

—Sota y cuatro: ¿á cuál van?

—A la sota, guerrillero, á la sota.

—Se corre.

—Véamos.

—Cuatro viejo, á la segunda.

El capitán recogió multitud de monedas y siguió barajando.

—Caballo y dos.

—Al caballo.

—El dos, mozo.

—Tenéis fortuna, capitán, exclamó el espectro franciscano, dando una palmada en la mesa.

—Una poca, y no sé si haré bien de guardar un dinero que huele un poco á humedad y á azufre; pero al fin no es falso.

—Cese el juego, dijo el muerto, y brindemos por este esqueleto, que es nada menos que el de un amigo vuestro.

—¿Quién es ese amigo?

—Rascón Fernández.

—Con setenta legiones de diablos, gritó el capitán cerrando los puños y erizando el bigote, que se me revuelven las entrañas sólo al escuchar ese nombre.

—¡Cómo! ¿os ha hecho mucho daño ese Rascón Fernández?

—¡Friolera! incendió mi casa; asesinó á mi mujer, á mi virtuosa Teresa, y hubiera

llevádose al único tesoro que tengo en el mundo, á mi hija Rosa, á no ser porque llegué á tiempo con mi guerrilla, hice huir cobardemente á los bandidos que lo seguían, y á él lo dejé muerto con mi propio machete.

—No obstante, capitán, brindad por Rascón Fernández, dijo el espectro con voz ronca.

—¡Mala bomba! gritó el capitán estrellando el vaso que tenía en la mano, contra el esqueleto que estaba sentado en la mesa.

En esto sonaron en el reloj de la iglesia del pueblo, las doce de la noche; el ruido de cadenas se hizo oír con fuerza, y los fantasmas, silenciosos y graves, se alejaron lentamente por donde habían venido, dejando al capitán confuso y como si acabara de despertar de una horrorosa pesadilla.

Pasado un momento se recostó en la cama; pero siéndole imposible conciliar el sueño se levantó, encendió un puro, y envolviéndose en su manga se salió al patio á dar unos paseos y á respirar el aire libre.

Cosa de las cinco de la mañana, y cuando los primeros rayos del alba empezaban á pintar el horizonte, entró á la recámara y vió una mujer vestida de blanco, cubierto el rostro con un velo, que ponía una hoja seca de maíz debajo de su almohada.

Quiso hablarle; mas la mujer se alejó rápida como una exhalación.

El capitán creyó reconocer en la visión las formas esbeltas de su hija Rosa. Miró la hoja de maíz que estaba debajo de su cama, y acercándose á la bujía, que aun estaba encendida, leyó estas palabras escritas con carbón: "Salvadme, por Dios."

Mil pensamientos siniestros cruzaron entonces por la mente del capitán; pero procurando desecharlos ensilló su caballo y salió del molino encantado.

### III.

—Gracias á Dios que veo á vd. vivo, dijo la fonderita luego que vió llegar al capitán.

—Ya ves, hija mia, que vuelvo otra vez en cuerpo y alma á tu casa, y algo más habilitado de dinero que anoche. Te ofrecí darte la mitad de lo que adquiriera, y hé aquí lo que he ganado á los muertos: dos, cuatro, ocho, diez, doce onzas cabales.

—¡Virgen de Atocha! exclamó la muchacha, ¿y cómo he de tomar ese dinero, señor capitán?

—¡Fresca estás, muchacha! Es dinero bueno y sonante, que te servirá para casarte con ese mozo cuando regrese.

—Pero, cuénteme vd., señor capitán, lo que le ha pasado anoche.